

Inexistente

Anthony Rusbell Huamán Yupanqui

Image not found.

Capítulo 1

"La gente se ensaña con establecer qué es o no lo correcto. Idiotas. Ni ellos mismos se creen sus mentiras". Los pensamientos de Baltazar florecieron otra vez.

En su vida escolar, no había destacado jamás socialmente. Era y se consideraba un personaje que existía por mera casualidad. Siempre observaba a sus compañeros desde el rincón del salón y, cuando debía ser parte de un grupo, se limitaba a responder lo que el resto preguntara. Su afán por mantener cierta brecha lo había llevado a tal punto que, en el turno de receso, se quedaba en el aula para dormir o repasar sus apuntes. Esta vida continuó así hasta cursar el último año de colegio.

Aquel día en el que su rumbo cambió, Baltazar había salido de la institución antes que todos sus compañeros. Dado que solo rendían los exámenes de mitad de semestre, disponía de esa posibilidad. Llegó a casa, saludó a sus padres y se fue directo a su dormitorio, tal como la rutina autoproclamada exigía. Luego de vestirse con ropa casual, bajó a comer y lavó las vajillas, tal como... Bueno, ya me entienden. Sin embargo, cuando regresó a su habitación, notó que un hilo de luz incidía en un punto contra una de las paredes.

El cuarto de Baltazar se ubicaba en el segundo nivel de la vivienda. Como pertenecía a una cuadra, es decir, era parte de una hilera de casas, estaba rodeada de moradas vecinas. Por dicha razón, debía haber una que se encontrara en la parte trasera, una de la que proviniese la iluminación.

Inmediatamente, Baltazar arrimó todo aquello que estorbara la visibilidad y descubrió muy sorprendido una ventana cubierta de polvo.

<<¿Esto siempre ha estado acá?>>, se preguntó confundido. No obstante, su angustia fue mayor cuando descubrió el origen de la luz. Como si acabase de hallar la entrada a un mundo desconocido, observó atónito otra ventana trasera, y en ella, una mujer de su edad divagaba observando el firmamento.

<<I-increíble>>.

Dado que parecía estar sentada, no podía observar con precisión qué llevaba puesto; pero creía ver un vestido rosado con mangas largas, como una niña de antaño. Su ternura y belleza le impedían moverse. Hasta que ella se percató de la presencia del intruso.

—Finalmente, nos conocemos. Dime, ¿estás dispuesto a morir por mí?

Tras la petición abstrusa, sonrió con frialdad.

Fin del primer capítulo.

Capítulo 2

Capítulo 2

Nada de ello parecía real. Ni la presencia de esa hermosa joven ni el hecho de que había una ventana trasera que daba a la de ella. Quizás, si no se hubiera escondido avergonzado apenas terminó de oír la extraña pregunta, habría pensado que se encontraba inmerso en un profundo y fantástico sueño. <<Siempre cuando escapo de este mundo, soy un tipo muy diferente, sin prejuicios, vergüenza o temor. Ni en broma estoy dormido>>.

Aunque Baltazar siguiera lamentándose de evadir la interrogación, sentado, con la espalda sobre el marco inferior de la ventana, y la misteriosa dama insistiera con sus preguntas, se mantenía en silencio, controlando su agitada respiración. Luego de unos minutos, revisó por una esquina y corroboró que todavía seguía. Para su mala suerte, ella se percató de esto.

—¿Estás escondiéndote de mí? —preguntó, visiblemente incómoda.

<<¡Rayos! ¡Estoy metido en el lodo y hasta el fondo! Si no hago algo pronto, ella podría venir mañana para quejarse con mis padres. ¡Todos me tacharán de acosador! ¡Maldita curiosidad!>>.

Tomando una bocana de aire, el joven se levantó y abrió la ventana. La mujercita sonrió al verlo.

—Por fin reapareces. Creo que mis palabras te pesaron, Balto.

El muchacho abrió los ojos como si estuviese en una película de Stanley Kubrick.

—¿Tú... tú conoces mi nombre? ¿Tú me conoces?

Ella volvió a sonreír.

—Cómo no saberlo. —Cerró los ojos, de tal manera que aparentaba resignación—. En fin, el mío es Elizabeth, por si te le preguntas.

—Mu-mucho gusto, Elizabeth. Yo realmente... realmente siento lo sucedido. No era mi intención espiarte, así que... no te generes un mal concepto sobre mí. Ya deberías saber que... Esto...

No pudo proseguir.

—¿Ah? ¿De qué estás hablando? —participó la joven. Esta vez su mirada fue de extrañeza.

—Estoy descargando mi defensa contra una posible malinterpretación involuntaria tuya.

—Pero no estoy malinterpretando nada, tonto —sonrió, por enésima vez, aunque con ternura.

—¿En serio?! ¿No vas a denunciarme por violación a la privacidad?

—No creo poder hacer algo tan complejo.

Balto soltó un suspiro de alivio.

—Menos mal. ¡Qué felicidad! —Saltó con lágrimas en los ojos.

—Eso fue ridículo, pero no le daré importancia.

Elizabeth desvió por un momento la mirada hacia el cielo. Baltazar, quien la observaba sin saber qué decirle, hizo lo mismo. Recién se percató del frío que hacía pero sobretodo del ambiente generado por la noche. Lejanía, incertidumbre y una temible belleza: así se sentía con los ojos puestos sobre aquel enorme manto negro, sobre aquellas diminutas estrellas.

—Cuando te encuentras distante a la luz, no puedes apreciar correctamente su valor. Te acostumbras a ella, la ignoras, crees que no la necesitas y, al final, la olvidas. De esta manera, el amor no es diferente a una estrella. Por cierto, ¿estás enamorado, Balto?

El joven mostró una visible sorpresa, mas guardó silencio.

—No necesitas responderme. Cuando uno ha pasado tanto tiempo solo, no sabe cómo responder ante los eventos inesperados. Te comprendo.

<<¿Ella realmente me conoce? Es la primera vez que la veo>>.

—Discúlpame, Elizabeth. Realmente, no entiendo casi nada de lo que dices; pero quiero ayudarte en lo que sea. ¿Podrías ser más clara?

<<Creo que fui un poco directo>>.

—Es inútil, amable hombre. Aprecio tu disposición y altruismo. En toda mi vida, solo conocí a una persona así. Sin embargo, mientras no respondas mi pregunta, no me sirves.

Un viento helado recorrió por la espalda del joven.

—¿U-una pregunta? ¿Me hiciste una pregunta? —Miró hacia abajo, intentando recordar.

—Vaya, sí que eres olvidadizo. Déjame simplificártelo con un costo de oportunidad: ¿seguirás viviendo tu rutina como si nunca me hubieras conocido, olvidando mi rostro y mi voz, u ofreces tu vida para mi beneficio?

Balto sintió otro baño de frío. <<Me da la impresión de que es una amenaza>>, pensó. Tal vez sus palabras no bastaban para expresar su confusión, pero sabía que debía responder algo, lo que fuese.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Por qué tendría que ayudarte? —Encaró con seriedad.

La muchacha, que hasta el momento daba la impresión de estar recostada sobre el lado inferior del marco, se irguió con solemnidad. Lanzó una mirada seria contra el joven y habló, con un tono conclusivo:

—Por lo que veo, has tomado el primer camino. De acuerdo, supongo que aún no es el momento. Eso sí: ten mucho cuidado a partir de ahora. Una vez que alguien reconoce mi existencia, no le queda más remedio que someterse ante la paranoia. Por ello...

—¡Te equivocas!

De repente, Balto soltó un grito.

—Yo, en ningún momento, me negué a ayudarte; te lo dije antes, ¿verdad? El problema es que sigo sin entenderte. ¿De qué forma sería útil? No has hecho más que...
<<Se me está pasando la mano. Ahora ella creerá que estoy molesto. ¡Mierda!>>.

—Confundirme. Déjame... creerte. Por favor.

El lugar bajo la luna de esa noche se mantuvo sin ruido por unos minutos. No solo el ambiente que había entre los dos sino todo el vecindario había quedado en completo mutismo. Ambos plantaron sus miradas como si desearan llegar a una decisión. ¿Era parte del instinto animal? Se acercaba el momento del desenlace. Luego de una bocanada de aire, Elizabeth sonrió y rompió el estancamiento.

—Si tan fácil fuera emplear las palabras... —Miró al cielo—. Ya son las veintitrés con cincuenta y ocho. ¡Está bien! Dentro de dos minutos, tu

primera prueba comenzará.

—¿Mi primera prueba? —preguntó Balto, más perplejo.

—Así es. La práctica en donde tus sentimientos y valores se pondrán en cuestión. Si eres el indicado, podrás superarla sin dudas. Por otro lado, si fracasas, será tu fin. Hasta hace un momento, aún contabas con la posibilidad de retirarte. Ahora ya has perdido tu albedrío por completo. ¿Preparado para morir, Balto?

El joven permaneció callado un instante. Luego, entró a su habitación diciendo "ya vengo". Elizabeth lo vio desaparecer y, adivinando lo que estaba sucediendo, empezó a cerrar su ventana. Cuando un grito furioso la sacó de cuadro, ella la volvió a abrir.

—¡Si voy a arriesgar mi vida, lo haré con esta ropa! —dijo Balto.

Elizabeth lo miró de pies a cabeza. En efecto, el muchacho se había cambiado de vestimenta, la cual era su uniforme de colegio. Una casaca azul noche con la cremallera abierta y franjas blancas (estas eran segmentadas con una franja azul eléctrica); un polo blanco que tenía al medio la figura de una cruz negra; un pantalón del mismo material y color, y, por último, un par de zapatillas blancas deportivas.

—Te vestiste muy rápido. Un encanto muy masculino. ¿Pero por qué usar eso ahora?

—Ya te lo conté: porque voy a arriesgar mi vida.

—Interesante. Como sea, dentro de un minuto será el comienzo. Antes necesito brindarte unas recomendaciones.

—Te escucho.

—Piensa en un poder.

—¿Un poder? ¿Te refieres a... una capacidad exclusiva?

—No del todo. Quiero imagines algo más... "fantástico".

—¿Fantástico? Ya veo. Entonces, el poder de engañar a las personas.

—Piensa en un poder menos realista.

—Menos realista, menos realista... ¿El poder del amor?

—¡Que no!! Que pienses en un superpoder.

—¿Eh...? ¡¡¡¿Aaaaaaaahhhh?!!! —gritó mil veces más confundido—. ¿Como los que usan capa?

—Sí.

—Pero yo no...

—Llegó la hora. Descuida, ya se te ocurrirá en el camino. Solo confía en mí y cumple al pie de la letra lo que te ordene. Primero, no temas. Segundo, pelea sin límites. Tercero, guarda distancia. Cuarto, no seas un perverso. Quinto...

—¡Eso es muy rápido! Mi cerebro ni siquiera ha procesado lo que me dijiste al comienzo. ¿Pelear? ¿Contra quién?

—Contra eso. —Sonrió.

Y en el cielo oscuro del nuevo día, un cuerpo esférico se aproximó a la superficie terrestre. Pese a que aparentaba ser el astro rey, la física y la lógica se encargaron de desmentir dicha proposición. Poseía una sonrisa fingida que resaltaba luminosa ante el color azul pálido de la bola; sin embargo, sus ojos eran mucho más terroríficos. En modo de total incoherencia, le crecieron extremidades. Esto le daba un intento de aspecto infantil.

—¿Es en serio? —murmuró Balto.

Fin del segundo capítulo.